uncion de sus palabras, logró hacer muchas conquistas. Retiraba las ocasiones próximas á los que estaban enredados en ellas; cuidaba de su subsistencia; los mantenia en su casa ó en otra parte hasta que se hallaban en estado, ó de ejercer algunas de sus funciones, ó de poder vivir sin ejercerlas. Sacó del desórden á un sacerdote que habia caido en él, le envió á Roma para que obtuviese la absolucion de las censuras, le mantuvo allí hasta que lo consiguió, y le puso en estado de poder vivir bien lo restante de su vida. Para lograr su proteccion no se necesitaba ni de agenas recomendaciones ni de repetidas visitas, porque este hombre, tan amador del sacerdocio de Jesucristo, hallaba en solo el carácter sacerdotal las mas poderosas razones para compadecerse. Un sacerdote desconocido y enfermo le pidió una ocasion que le socorriese: Vicente le recibió con agrado, le hospedó, le mantuvo, hizo que se le suministrasen las medicinas necesarias, y le tuvo en su compañía hasta que recobró la salud. Otro, que hacia ejercicios en San Lázaro, cayó enfermo; Vicente cuidó de él con el mayor esmero; y aunque el mal duró muchos dias, todavía duró mas su caridad, pues luego que el enfermo estuvo restablecido, hizo Vicente que se le diese una sotana, un breviario, algunos muebles y diez escudos para ayuda de su mantenimiento. Otro que tenia precision de hacer un viage y carecia de lo necesario para los gastos, acudió al siervo de Dios: este hombre de misericordia le dió cuanto necesitaba, hasta los botines, y ademas, veinte escudos. Otro le pidió hospedage: concedióselo; pero pagó mal el beneficio, porque al tiempo de partir se llevó una sotana y un manteo. Quisieron algunos que se le siguiese; pero Vicente dijo: «Mucha falta le debe hacer lo que nos ha quitado, porque «á no ser así, ¿cómo era posible que hubiera llegado á este es«tremo? Si no obstante quieren ustedes que le sigan, hágase en«horabuena; pero sea para llevarle lo que le falte, y no para pe«dirle lo que se ha llevado." Un cura de Turena tenia cierto pleito en Paris, y la precision de defenderlo por el honor de su carácter indignamente ofendido: escribió á nuestro Santo diciéndole que no podia ni dejar su parroquia ni mantener un apoderado en la capital, por lo que le suplicaba se compadeciese de él. «En«viad, le respondió Vicente, á una persona de vuestra satisfac«cion, que el gasto corre de mi cuenta." Cuidó por mas de un año

que duró el pleito del alojamiento y manutencion del apoderado de aquel prudente cura, que obtuvo sentencia favorable.

Jamas se entibió su caridad sacerdotal; y aunque gastó en ornamentos, lienzos, vasos sagrados, vestiduras, libros y reparos de la iglesia mas de un millon, nunca le parecia que habia hecho bastante. Por eso habia muy pocos sacerdotes en el reino que no le hiciesen la justicia que él no se hacia á sí mismo. Si José fué tenido por salvador de Egipto, Vicente fué mirado como salvador de los párrocos y sacerdotes. Esto era tan notorio, que cuando con motivo de las desgracias del tiempo vino á Paris una prodigiosa multitud de sacerdotes, todos fueron en derechura á San Lázaro; y los que no podian acudir á la capital, por sola su fama se dirigian á el desde lo interior de las provincias. Su memoria se bendecia, y en todas partes se oian sus alabanzas: pasando un misionero por la provincia de Champaña, encontró en una aldea al cura, que le preguntó quién era: soy misionero, respondió el caminante. Al oir el cura estas palabras, le echó los brazos al cuello, le llevó á su casa, y le refirió los grandes beneficios espirituales y temporales que nuestro Santo habia hecho á todo aquel pais; y añadió manifestándole la sotana que tenia puesta: *Et hâc me veste contexit*, palabras que fueron dichas á San Martin con motivo de un pobre á quien habia vestido, y las que podrian repetir mas de mil sacerdotes imitando á este de quien hemos hablado.

CAPITULO XIX.

Su mortificacion.

Aunque es cosa muy gloriosa seguir al Señor, debemos confesar que nada cuesta tanto á la naturaleza, porque el primer paso que tienen que dar los que quieren seguirle, es negarse á sí mismos y llevar su cruz. Esto mismo que á nuestro Santo le pareció tan dificil, fué lo que practicó en todo el discurso de su vida; y con toda verdad se dice de él, que á la sombra de una vida comun, la mortificacion interior y esterior fué acaso entre todas las virtudes la que practicó mas constantemente.

Llamo mortificacion interior aquella que tiene por objeto inmediato el juicio, la voluntad, las inclinaciones del corazon y los mas dulces atractivos de la naturaleza; y mortificacion esterior á la que crucifica todos los sentidos. Para manifestar á qué grado llegaron una y otra en Vicente, bastará recorrer el proceso de su canonizacion.

Su mortificacion interior se manifiesta desde luego en la reforma que hizo de su temperamento. Por mas que procuremos refrenar la naturaleza, esta se rebela siempre: aunque la reprimamos en las ocasiones meditadas, siempre se desliza en las imprevistas. Pocos hombres habrá que examinando atentamente á otro hombre, no lleguen por último á descubrir en él lo que no puede advertir en sí mismo. Vicente tenia naturalmente un aspecto severo con alguna aspereza; y no obstante supo reprimirse de tal modo, que siempre fué mirado de todos como un modelo de afabilidad y de agrado: él mismo contemplaba esta mudanza como una especie de milagro, y la atribuia á la piedad de los que le habian aconsejado que procurase manifestar un semblante menos áspero y desabrido. Hacia tan cruel guerra al amor propio, que si solamente se hubiera de juzgar de él por las apariencias, podria dudarse si por esta parte era descendiente de Adan: publicaba de sí todo cuanto podia hacerle despreciable, y ocultaba todo lo que pudiera darle estimacion. El Sr. Daulier, secretario del rey, que habia estado esclavo en Argel, y sabia que Vicente lo habia estado tambien en Túnez, le contaba muchas veces con gusto sus aventuras, poniendole en ocasion de que le refiriese las suyas; pero confiesa en su deposicion que jamas le pudo sacar una palabra acerca de este asunto. Mil veces tuvo motivo para hablar de esto en las juntas de las señoras, de que era presidente, pero siempre guardó un profundo silencio.

La indiferencia que manifestaba en órden á sus parientes era en él efecto de la mas viva y continua mortificacion. «¿Pensais «acaso, decia un dia á cierta persona que le instaba á que los so«corriese, pensais que no amo á mis parientes? Los estimo y los «amo tan tiernamente como cualquier otro puede estimar y amar «los suyos, y este amor natural me insta continuamente á socor«rerlos; pero yo debo obrar segun los movimientos de la gracia, «no segun los de la naturaleza, y cuidar de los pobres mas aban«donados, sin dejarme arrastrar de los vínculos de la amistad ni «del parentesco. Debo imitar á Jesucristo, aquel hijo tan santo «y tan amante de sus padres, que en una pública ocasion dió á en»tender que no conocia madre ni hermanos, y mirar en la distri«bucion de mis limosnas como á mis mas cercanos parientes, no «á los que lo son en la realidad, sino á los que mas necesidad tie«nen de ser socorridos. ¿Por ventura no son felices mis pa«rientes? ¿Pueden hallarse en mejor estado que cumpliendo con «la sentencia de Dios, que mandó que el hombre gane el pan con «el sudor de su rostro?" Nuestro Santo observó siempre estos principios tan rígidos á la ternura de su corazon cuando pudo absolutamente separarse de ellos. Por los años de 1650 un amigo suyo le dió cien doblones para sus parientes: no se negó Vicente á recibirlos; pero dijo al bienhechor que su familia podia vivir como habia vivido hasta entonces; que este nuevo socorro no le serviria para hacerla mas virtuosa, y que le parecia que una mision en su parroquia seria mas del agrado de Dios y de los hombres. El amigo cedió á sus consejos, pero nuestro Santo no tuvo ocasion para ejecutar su proyecto. Las guerras civiles que inmediatamente se siguieron, asolaron la Guienna; los parientes de Vicente padecieron mas que otros, perdieron todos sus bienes, y muchos de ellos la vida. Conoció entonces el Santo que habia sido especial disposicion de la Providencia que no hubiese enviado los misioneros á Puy, dió gracias á Dios por una proteccion tan visible, y envió con la mayor brevedad á sus parientes el socorro que el cielo les habia preparado. Este fué el único bien que hizo á su familia un hombre que fácilmente hubiera podido ensalzarla, y que por lo menos, atendiendo á su natural inclinacion, la habria sacado de la miseria. Es preciso que un hombre esté muy muerto á los suyos y á sí mismo para abrazar un sistema tan riguroso sin apartarse jamas de él.

¿Qué otra prueba necesitamos de la mortificacion interior de nuestro Santo, sino la perfecta tranquilidad de su ánimo? Esta la poseyó en un grado tan eminente, que con los auxilios de la gracia, con la calma de sus pasiones y con la mas exacta conformidad con la voluntad de Dios, supo hacer lo que nunca hizo el sabio de los estoicos sino por pura ostentacion. Su historia nos presenta unas pruebas de esta verdad, que apenas se halla-

rán en las vidas de los mayores santos. En su vida lo hemos visto tan tranquilo entre las turbaciones de la guerra, como en el seno de la paz; en las enfermedades, como en la mejor salud; en los sucesos felices, como en los mas adversos. Para llegar á tan alto punto es necesario no vivir ya, ó vivir como San Pablo [1], solamente con la vida de Jesucristo. Es necesario haber sepultado al hombre viejo con todos sus deseos, y no conocer ni afectos ni inclinaciones. Todavía podia tenerlos, ó por mejor decir, era imposible que no los tuviese; «pero era tan dueño de ellos, dice el Sr. de «Almeras su sucesor, que aunque me dediqué mucho tiempo á «observarle, jamas pude descubrirlos en él."

No sucedió así con su mortificacion esterior; por mas precauciones que tomaba para ocultar una parte de esta mortificacion y para disimular otra, se dejó ver lo bastante para juzgarle digno de ser colocado entre los mas austeros penitentes. El proceso verbal de su canonizacion dice, que Vicente no se acostaba hasta la media noche, porque los graves negocios de que estaba encargado no le permitian hacerlo antes: su cama se reducia á un mal jergon; sano ó enfermo, se levantaba comunmente á las cuatro de la mañana, é inmediatamente tomaba una disciplina. Un hermano, cuyo aposento estaba inmediato al de Vicente, aseguró que no interrumpió este ejercicio por espacio de doce años que fué vecino suyo. A esta mortificacion añadia otras para pedir á Dios gracias particulares, ó para aplacar su indignacion en el tiempo de las calamidades públicas: usaba frecuentemente de cilicios con puntas, y de otros terribles instrumentos de la penitencia. La camisa de cerdas que de tiempo en tiempo sustituia á los cilicios de hierro, y que aun el dia de hoy se conserva, hace temblar aun á los mas acostumbrados á las penitencias. Solamente la casualidad pudo hacer que se supiese el grado y la medida de ellas, porque era tan cuidadoso en ocultarlas, como fervoroso en practicarlas.

Todos los dias, y aun en el tiempo mas rigoroso del invierno, empleaba por las mañanas mas de tres horas en la oracion, en la preparacion para la misa y en dar gracias, manteniéndose todo el tiempo de rodillas, sin haber permitido jamas que se pusiera una estera en el parage en que acostumbraba arrodillarse. Ene-

[1] Ad Galat. cap. 2. v. 20.

migo y casi homicida de sí mismo, no obstante la hinchazon que padecia en las piernas, y las cuartanas que le acometian dos veces al año, trabajaba con la misma exactitud que si gozase la salud mas robusta. Ademas de los ayunos que manda la Iglesia, y en que jamas admitió dispensa alguna, ayunaba regularmente dos veces á la semana; y ni las enfermedades ni la vejez pudieron hacerle perder esta costumbre. Su sustento fué siempre el mas ordinario. No se notaba diferencia entre él y el mas inferior de sus hijos, ni en la cantidad ni en la cualidad de las viandas: siempre escogia en el plato que le tocaba la parte menos apetitosa; y temiendo lisonjear á la sensualidad, que en todas partes se mezcla, echaba algunas veces en los alimentos ciertos polvos amargos que los hacian desagradables. En cualquiera parte donde estuviese, siempre comia y bebia muy poco, no porque le faltase el apetito, sino porque se habia formado el plan de jamas darle gusto. Cuando asistia á la segunda mesa, se sentaba entre los criados, para que como á ellos le sirviesen las sobras de la primera. Si sucedia que entrase á comer despues de estar ya recogidas las mesas y que hubiesen guardado tambien su vino, jamas lo pedia, y se contentaba con agua sola, no obstante que nadie tenia tanta necesidad como él de reparar sus fuerzas. Por muy tarde que llegase á comer, aunque fuese á las dos ó á las tres de la tarde, siempre iba en ayunas.

En la edad de sesenta años ayunaba con mas rigor que lo puede hacer el hombre mas robusto en la flor de la edad. El bacalao, las sardinas y otros pescados salados era todo su alimento, del mismo modo que el de toda la comunidad. En cierta acasion le quisieron engañar, sirviéndole pescado fresco en la segunda mesa, en lugar del salado que se habia servido á los demas en la primera; pero este inocente artificio fué prontamente descubierto por un hombre á quien su amor á la mortificacion le hacia siempre estar atento á todo: informóse de lo que se habia servido á los demas, y fué preciso tratarle como á ellos, porque de otro modo nada hubiera comido.

Por la noche su cena se reducia á un pedazo de pan, una manzana y agua tinturada con vino. Algunas veces, aun cuando no era dia de ayuno ni abstinencia, si le sucedia volver tarde de la